

RECUERDOS DEL *HUEMUL*

Leonardo Fco. Fierro Espinoza *

Resulta significativo e interesante el nombre que reciben las unidades de nuestra Armada; algunas lucen nombres de padres de la patria, héroes probados en combate o connotados marinos.

Este recuerdo se remonta al año 1962. Por razón del trabajo de mi padre, un servidor naval, nos correspondió como familia vivir en la isla Quiriquina, fondeadero natural de la Escuela de Grumetes: "Vieja Escuela de altivos marineros".

Siendo un niño de cinco años, me tocó por vez primera tener un contacto más estrecho con el mar, anteriormente lo miraba lejanamente desde los cerros del puerto. La corta navegación viceversa entre la Isla y la Base Naval de Talcahuano, fueron el momento para ese contacto. Era para mi mente infantil ocasión de grandes aventuras plenas de fantasías. La nave, que cómplice albergaba estos sueños, fue el remolcador *Huemul*. Este nombre mapuche recordaba al *Cervus chilensis*, pequeño ciervo que pareado con el cóndor, sostienen gallardamente el escudo de armas de Chile. El motivo por el cual, la Armada haya dado este nombre a uno de sus buques fue, sin lugar a dudas, poner de manifiesto y cultivar el sentimiento de nacionalidad y el espíritu de raza. Esta unidad fue la tercera en llevar este nombre, construido en los Astilleros Deibes de Valdivia, de 350 toneladas.

Para el viejo y noble *Huemul*, eran los últimos años de servicio en las olas de la bahía de Concepción. Cuántas aventuras marineras en su casco, en su teca desgastada, en sus cansadas calderas, en su aún rugiente cabrestante. Se dio de baja del servicio y desguazado -destino cruel de tantos amados buques- el año 1968. Nada quedó de su figura; se marchó a navegar por el océano del recuerdo, su proa enfiló rumbo al Puerto de la historia.

Un día de verano, caminando por una arteria principal de Valparaíso, me topé en la vitrina de una tienda con la maqueta hecha a escala del remolcador *Huemul*. ¡Qué hermoso lucía! ¡Qué reluciente! Era el mismo de mi infancia, el de mis párvulas aventuras. Me quedé largo rato contemplando su pequeña y delicada figura; estaban todos sus aparejos, la chimenea, el puente, la campana; todo, todo con lujo de detalles para mi sorpresa. Y en medio del bullicio del tránsito, junto a la prisa ciudadana, vino a mí del lejano ayer, el olor a mar y carbón, las voces de las maniobras, el estrépito de la máquina que ordenaba al eje propulsor romper la quietud del molo y dar avante. Volví a ser por unos instantes el pequeño marinero que navegaba feliz rumbo a la Quiriquina.

Qué paradoja más grande cuando escribo esta historia; hoy todos sabemos que el *huemul*, el delicado cervatillo heráldico se encuentra en vías de extinción, aún sobrevive en algunos lugares de la cordillera de Chillán y al interior de Puerto Aisén, encontrándose en la actualidad protegido por ley.

Por mi parte, nunca he visto un *huemul* y creo que a la mayoría de los compatriotas le ha ocurrido lo mismo, le han visto dibujado en el Escudo y otros lo consideran como un animal mítico, algo así como el unicornio.

Hoy, que se habla tanto de la ecología, del cuidado de la naturaleza, de la flora y de la fauna, existiendo una mayor conciencia del cuidado de nuestro entorno, quieran los hombres –

porque Dios siempre quiere lo bueno- que exista una política de protección adecuada para esta especie única, que no sea necesario en el futuro concurrir a un museo para verlo embalsamado y leer al pie de su figura: “Huemul (*Cervus chilensis*), que junto al Cóndor sostienen nuestro Escudo Patrio”.

Remolcador *Huemul*: vientos largos en la eternidad, te recuerda alguien que te vio con tu cuerpo y alma de buque, “*Cervus chilensis*”, vive libre y seguro en la “majestuosa y blanca montaña que nos dio por baluarte el Señor”.

* Capitán de Corbeta RL. Capellán Naval.